

La Máquina se para

Primera edición: *Octubre 2016*
Esta edición consta de: *1000 ejemplares*

Título: *La Máquina se para*
Título original: *The Machine Stops*
Autor: *E. M. Forster*
Traducción: *Javier Rodríguez Hidalgo*
Diseño de la colección: *Miguel Sánchez Lindo*
Corrección ortotipográfica: *Salvador Cobo*
Impreso por: *Kadmos*
ISBN: *978-84-943217-6-4*
Depósito legal: *M-34656-2016*
Para pedidos e insultos: *revistaculdesac@gmail.com*

Se puede reproducir este libro tranquilamente

Índice

Prólogo de Javier Rodríguez Hidalgo	7
--	---

La Máquina se para

I. La aeronave	17
II. El Sistema de Reparación	41
III. Los Desahuciados.....	63



Prólogo



The Machine Stops se publicó por primera vez en 1909, y desde entonces ha sido ampliamente considerada en el mundo anglosajón como una de las mejores distopías tecnológicas. Como tal la cita, por ejemplo, Lewis Mumford en *El pentágono del poder*. Sin embargo, hasta ahora no se había publicado en castellano en este formato, aunque haya alguna traducción vertida (literalmente) en internet. En la literatura en lengua inglesa, ya Samuel Butler había imaginado en *Erewhon* (1872) una sociedad de la que se habían desterrado las máquinas para evitar que los hombres acabaran convertidos en un mero «equipo de mantenimiento» de sus propias creaciones. La posibilidad de un empobrecimiento espiritual de la humanidad causado por la dependencia de la máquina no dejaría de obsesionar desde entonces a algunos de los mejores escritores ingleses, como William Morris o H. G. Wells, que abordarían desde perspectivas distintas las consecuencias de la mecanización del mundo.

Se ha hablado del relato de Forster como una anticipación de internet mucho antes de su existencia. Esta lectura es legítima, obviamente, pero parece reducir demasiado su complejidad. *La Máquina se para* no trata sólo de individuos atrincherados en sus hogares y ensimismados ante sus pantallas, productores de ideas de 140 caracteres y consumidores de breves

píldoras del conocimiento en forma de vídeos de escasos minutos, es decir, de los miembros de un *general intellect* que se nutre de un universo intertextual en detrimento de la experiencia directa. Es también una reflexión doliente sobre la desaparición de la belleza y de la sensibilidad para aprehenderla, sobre la necesidad tanto del esfuerzo como de los obstáculos externos para el despliegue de las capacidades humanas y, ante todo, sobre la impotencia y la infantilización absoluta que sufren (sin darse apenas cuenta) quienes viven inmersos en un entorno simplificado y uniforme. En resumen, es un cuestionamiento radical acerca de la verdadera naturaleza del Desahucio y de quiénes son los verdaderos desposeídos.

Edward Morgan Forster (1879-1970) es más conocido por obras como *Una habitación con vistas*, *Howards End* o *Pasaje a la India* o por las películas homónimas que inspiraron. La disimilitud entre éstas y *La Máquina se para* es sólo aparente, pues muchos de los temas centrales del relato que nos ocupa se encuentran ya en todas ellas. Sus novelas no son sólo sátiras de esa clase media inglesa que se desplaza por Italia con una guía Baedeker (o con *Las piedras de Venecia* de John Ruskin) en una busca —a menudo infructuosa— de la autenticidad, la belleza y la sencillez humana, valores que da por perdidos en su avanzado país y que espera

encontrar en regiones menos desarrolladas del planeta. La obra de Forster se basa sobre todo en la aspiración, a veces frustrada, de comprender la complejidad del mundo y de aceptar lo que es diferente, pero sin disolverlo en la relatividad; de ahí el famoso epígrafe de *Howards End*, «*Only connect...*».

Muchos de los personajes de sus narraciones más «realistas» se ven asediados por el deseo de apreciar y comunicar la belleza que la sociedad industrial está eliminando y el remordimiento de contribuir a esa labor de destrucción por ese mismo gesto. Uno de sus cuentos más célebres, «El momento eterno», relata el regreso de una escritora inglesa al pueblo italiano que le inspiró años atrás un libro muy vendido en su país. Ahora, ese pueblo se ha convertido en un destino turístico para miles de ingleses que desean visitar los mismos lugares que aparecen en la obra, lo que ha modernizado radicalmente el lugar y erradicado casi completamente todo aquello que había atraído a la autora.

En un mundo así, ¿cómo «limitar el deshonor», en palabras de Piergiorgio Bellocchio? ¿Cómo reducir al mínimo nuestra colaboración cotidiana con la deshumanización, dado que cambiar la orientación de este proceso histórico parece una hazaña demasiado fabulosa para la débil materia humana? La heroína de

Howards End lo expresaría en las páginas finales de la novela: «Que haya algo que esté yendo a más en estos momentos no quiere decir que vaya a hacerlo siempre [...] Esta locura por la movilidad ha aparecido en los últimos cien años. Puede que después venga una civilización que no sea todo movimiento, porque permanecerá en tierra. De momento, todas las señales son contrarias, pero no puedo dejar de tener esperanzas».

Esta esperanza es la de un humanista —qué término tan depreciado hoy día— que, como los héroes de sus ficciones, observaba con perplejidad unas transformaciones que no permitían augurar nada bueno. Quizá la única vía que le queda a esta perplejidad para no ser pura sumisión es la misma que escogen esos protagonistas, como hace Kuno en esta historia, o como las hermanas Schlegel de *Howards End* o el Fielding de *Pasaje a la India*: la deserción, la desobediencia, el rechazo a aceptar el dictado de unas leyes no escritas que se presentan con la apariencia de lo irrevocable. Aunque sólo sea para que, tal vez, otros puedan recoger los frutos de esa forma tan limitada de rebeldía.

Javier Rodríguez Hidalgo

27 de enero de 1908

El lunes pasado, un hombre llamado Farman realizó un vuelo en aeroplano de un minuto y medio a lo largo de un circuito de un kilómetro. Se acerca con rapidez, y si vivo lo suficiente tal vez llegue a ver el cielo tan infecto como las carreteras. Realmente se trata de una civilización nueva. He nacido en los estertores de una era de paz, y no puedo esperar sentir más que desesperación. La ciencia, en lugar de liberar al hombre —los griegos estuvieron cerca de hacerlo— lo está convirtiendo en esclavo de las máquinas. Las nacionalidades desaparecerán, pero la hermandad de la raza humana no tendrá lugar. Sin duda, los hombres del pasado estaban equivocados al pensar que «dulce y honorable es morir por la patria», pero la guerra del futuro ni siquiera tratará de presentarse como algo bello o como un conflicto ideológico. Dios, ¡qué perspectiva! Las casitas a las que estoy acostumbrado serán arrasadas, los campos apestarán a petróleo, y los aeroplanos harán añicos las estrellas. El ser humano tal vez obtenga un alma nueva y quizá de mayor grandeza bajo estas nuevas condiciones. Pero almas como la mía serán aplastadas.

Diario de E. M. Forster